

PARA UNA ESTRATEGIA DE LAS INVESTIGACIONES BIBLIOGRAFICAS

Leonidas Morales Toro

Es evidente que la crítica y la teoría literarias en Hispanoamérica han ido tornándose cada vez más conscientes de sí mismas, de sus opciones, de sus límites y de los problemas ideológicos de fondo que pone en juego su proyección sobre los procesos culturales y sociales de nuestros países. Este movimiento contrasta con lo que se observa en otro sector de los estudios literarios: en el de las investigaciones bibliográficas¹.

Parecieran éstas, en efecto, haberse quedado enredadas en una rutina de técnicas y usos, en una reflexión literaria negligente, acomodaticia y, con frecuencia, anacrónica. A pesar de que trabajan con textos, con géneros literarios, con períodos, literaturas nacionales, etc., no se siente sin embargo la urgencia de tener nociones claras de cada una de estas cuestiones. Dan la impresión, a veces, de que constituirán un dominio puramente empírico. Si en algún momento se hace inevitable contar con un determinado concepto definido, para orientar la inclusión o exclusión de datos, se renuncia a la definición alegando su “dificultad”, por ejemplo, y el punto se resuelve, o mejor, se disuelve, en salidas de emergencia².

La revisión de las Introducciones o Presentaciones de los trabajos bibliográficos corrientes, nos descubre al investigador ocupado en describir sus fuen-

1. Este texto es parte de la Introducción a una investigación bibliográfica sobre poesía venezolana contemporánea (décadas del 50 y 60) que hemos realizado.

2. La *Bibliografía del cuento venezolano* (Caracas, Instituto de Investigaciones Literarias, Universidad Central de Venezuela, 1975), un trabajo por lo demás excelente como cuerpo orgánico de información y uno de los pocos en que se advierte un mayor grado de conciencia sobre los problemas del marco de definiciones, no escapa sin embargo a este último reparo. En la “Presentación”, luego de plantearse la necesidad metodológica de disponer de un concepto de *cuento*, se nos dice que, ante las dificultades que presenta el asunto, se ha decidido recurrir a criterios “prácticos”: la apreciación “personal” de los autores de la *Bibliografía* sobre lo que sea un cuento (pero no se da a conocer cuál sea esa apreciación personal) y la apelación a los escritores mismos: “muchas veces nos ayudaron los propios autores al denominar *cuentos* a sus producciones” (p. 11), lo que en el fondo equivale a postergar una definición y a reemplazarla, mientras tanto, por lo que hemos considerado como soluciones de emergencia.

tes, en justificar tales o cuales pautas de distribución del material recogido, lo que sin duda es inexcusable y debe hacerse. Pero, más allá, no encontramos en ellas elementos suficientes para convencernos de que estamos frente a unas prácticas ancladas en una teoría de donde extraen su identidad y su función dentro de los estudios literarios. Ahora bien, la mera recopilación de datos y su ordenamiento, por más rigurosos que sean, por más atinados que resulten desde el punto de vista de su utilidad práctica, no bastan por sí solos para hacer de las investigaciones bibliográficas una rama legítima de los estudios literarios. Extremando las cosas para que se vea mejor el problema, nadie se negaría a reconocer que un trabajo reducido a esos términos podrían perfectamente realizarlo simples técnicos en fichaje y clasificación: los bibliotecólogos, por ejemplo. Para que sean investigaciones "literarias" se requiere pues algo más: para empezar, tienen que situarse de lleno en el interior de un pensamiento coherente sobre la literatura y responder a principios teóricos que fijen las condiciones de su operatividad y la forma de su inserción en el campo de los estudios literarios.

Las páginas siguientes buscan, justamente, proponer algunos de esos principios, o por lo menos, contribuir a hacer conciencia acerca de la necesidad de emprender semejante tarea.

Intentaremos aquí, primero: establecer las condiciones que deberían reunir las investigaciones bibliográficas, la *estrategia* a la que tendrían que someterse para tener derecho a reclamar su inclusión plena en el campo de los estudios literarios; y, segundo: detectar y a la vez procurar rectificar las distorsiones conceptuales que hasta ahora han hecho de esa inclusión algo más bien problemático.

Asimismo, conviene desde ya precisar que la discusión de los puntos mencionados tiene como base de experiencia la práctica actual de los estudios literarios en Venezuela, y más específicamente, la de los que aparecen comprometidos en el objeto de nuestra investigación bibliográfica: la poesía venezolana contemporánea (décadas del 50 y 60). Pero como los rasgos principales de esta práctica en alguna medida son comunes a la práctica observada en los demás países hispanoamericanos, el razonamiento que desarrollamos podrá sin duda extender su aplicabilidad. Sin embargo, este razonamiento y la estrategia que quiere proponer pueden también ser enjuiciados en cuanto a su validez, a la luz de su propia viabilidad dentro del concepto de los estudios literarios que implica; en otras palabras: sin tomar necesariamente en cuenta la base limitada de experiencia que actúa como estímulo inicial y como referencia inmediata.

En Venezuela es frecuente que para quienes se ocupan de las obras literarias desde el punto de vista de la interpretación de sus formas y de su sentido, es decir, los críticos, y, de entre ellos, particularmente para aquellos que conciben su oficio como el ejercicio de una suerte de diálogo interior y libre con las obras, las investigaciones bibliográficas no sean, en el mejor de los casos, sino trabajos menores de poca monta. Normalmente adoptan frente a ellas una actitud de aceptación recelosa o de abierto menosprecio. Puesto que, aparentemente, estas investigaciones no participan en el conocimiento de las obras o en una relación viva con ellas, ni discuten tampoco las tesis de interpretación a que han dado origen, sino que, por el contrario, se centran en lo que a unas y a otras les es más exter-

no: título y nombre de autor, lugar y fecha de publicación, número de páginas, etc., se tiende a verlas como unos productos de rango intelectual inferior, como el reino deslucido y opaco del dato, ajeno a las “iluminaciones” de la crítica. La subestimación de la importancia de este tipo de trabajo conduce, al final, o a negarle el derecho a formar parte de los estudios literarios, o a asignarle dentro de ellos un lugar estrictamente marginal.

No estamos, desde luego, argumentando a favor de un status de privilegio para las investigaciones bibliográficas. Nuestra intención es otra: cuestionar esa condición de marginalidad, casi de prescindibilidad, que pesa, en nuestro medio, sobre ellas, para demostrar que les corresponde, en propiedad y no a título de concesión indulgente, una función precisa e irremplazable dentro de los estudios literarios. Por lo pronto, esta función no se reduce a la mera acumulación de datos en el interior de un campo bibliográfico cualquiera: si no quiere degradarse, le es indispensable, como veremos, contar con una estrategia, tanto para la elección de su objeto como para la de los datos y la posterior organización de éstos. Por otra parte, no puede ser entendida como una función de carácter autónomo, cerrada sobre sí misma: en el cuadro de los estudios literarios ella se engarza a las demás funciones, la de la crítica y la teoría literarias, de las cuales es, en cierto modo, el fundamento de su operatividad.

El prejuicio ante las investigaciones bibliográficas se alimenta entre nosotros de dos distorsiones conceptuales: una de ellas se revela en la práctica concreta de estas investigaciones; la otra, en la práctica de la crítica literaria. Cada una actúa sobre la otra, condicionándose mutuamente, trazando un círculo vicioso. Tal vez la mejor vía para disolver el prejuicio y devolverle a las investigaciones bibliográficas su verdadera función, sea la de poner en evidencia ambas distorsiones desde un punto de vista que al mismo tiempo abra el camino para su corrección. Vamos a examinarlas por separado, en el orden en que han sido enunciadas.

La función propia de una investigación bibliográfica, dijimos, no se cumple cabalmente si ella no se da en el marco de una estrategia. Una estrategia, en primer lugar, excluye del todo la posibilidad de que la elección del objeto de la investigación (un autor o un conjunto de autores, un período de la literatura, un género, etc.) sea una decisión originada en el azar. Si así fuere, la utilidad de los datos que se obtengan estará también entregada al azar. Cuando afirmamos que no puede ser una decisión originada en el azar, lo que queremos decir es que tiene que ser una decisión *orientada*, calculada. Y no lo será si ella no surge de una evaluación previa de los procesos literarios y culturales en los que se inserta el objeto de la investigación. Es la evaluación previa la que pone al investigador fuera del azar y la que hace de su elección un acto intencional. Es además la que le permite atribuirle al objeto, al cuerpo de datos que en definitiva van a constituirlo, un *valor* (un sentido) definido y consciente. De manera pues que una investigación bibliográfica proyectada en la forma de una estrategia, tendría que contener ya un principio de interpretación de aquellos procesos, la postulación de un sentido reflejado en la elección del objeto y en la selección de los datos.

Es obvio que el valor de los datos deriva del valor de los textos (de creación, de crítica, testimoniales o documentales) a que corresponden. Atengámonos por ahora a los textos literarios, a las obras de creación. Para empezar, el valor atribuido a las obras literarias, y, por derivación, a sus datos, es irreductible al capricho o al antojo de la subjetividad, ni depende de una instancia metafísica de donde pudiera extraer su identidad a priori. El valor se establece y se modifica en el interior de los procesos literarios y culturales, los que, a su vez, articulan su ritmo, con todas las mediatizaciones que se quiera, marcados por los procesos sociales. Es del rol que han jugado o juegan como factores de renovación o de transformación del horizonte histórico-literario o histórico-cultural en cada caso, de donde las obras literarias obtienen su valor³.

El valor, por otra parte, se da siempre jerarquizado, y la jerarquía puede variar sustancialmente según se consideren los procesos desde una perspectiva nacional (la del país) o desde una más amplia: Hispanoamérica, Latinoamérica, el mundo occidental. Una obra y su dato que desde una perspectiva ocupan un nivel jerárquico superior, desde otra pueden descender a niveles secundarios e incluso perder toda significación. Es un criterio de aplicación casi universal el que la perspectiva mínima de enfoque sea la nacional.

Pero la jerarquización del valor no sólo varía según la perspectiva de mayor o menor amplitud con que se vean los procesos; varía también de acuerdo con la teoría de la literatura de que se parta. Detrás de las formulaciones puramente literarias, los calle o los haga explícitos, una teoría literaria contendrá inevitables supuestos ideológicos con respecto al modo de concebir la historia, que determinarán a su vez el modo de concebir los procesos literarios y culturales, y, en último término, el valor que se le atribuya a las obra y a sus datos. Por consiguiente, estas determinaciones no sólo alcanzan a la crítica literaria, donde su actividad es manifiesta, sino también a las investigaciones bibliográficas. Pero cualesquiera sean los supuestos teóricos e ideológicos involucrados, el esquema estratégico que hemos descrito tendría que mantener su pertinencia y su viabilidad.

Confrontemos el esquema con la práctica concreta de las investigaciones bibliográficas. De inmediato y con facilidad nos hace ver ya una primera distorsión. La mayor o menor gravedad de sus consecuencias dependerá de que se la deje obrar en libertad o de que de alguna manera se la controle. Esta primera distorsión se refiere a la tendencia a separar el valor del dato del valor del texto y a hacer coincidir el valor del dato con su pura condición de dato bibliográfico. No debe extrañarnos, pues, que el investigador a menudo no lea los textos y que no considere esa omisión como algo que atenta contra la idoneidad de su función. Consciente o inconscientemente, se inclina a creer que entre el dato y el texto hay una discontinuidad: una frontera que le otorgaría

3. En los ensayos de diversos autores recogidos en el libro *La actual ciencia literaria alemana* (Salamanca, Ediciones Anaya, 1971), especialmente el trabajo de Hans R. Jauss, "La historia literaria como desafío a la ciencia literaria" (pp. 37-114), se encuentran interesantes análisis sobre la historicidad del valor.

a aquél el privilegio de un territorio neutral e inocente, olvidando que una práctica cultural (y la investigación bibliográfica lo es) no es nunca inocente. Con una idea semejante de su trabajo, es natural que pueda sentirse eximido de operar por sí mismo con juicios de valor, con un principio de interpretación de los fenómenos literarios y culturales. Es en esta distorsión donde se origina en parte (porque no es su única fuente) el recelo y el desprecio por parte de los críticos, y donde se origina también esa imagen convencional, casi humorística, del investigador bibliográfico como una especie de burócrata de la literatura, del que no se espera, ni tampoco se le exige, más mérito que el de una acuciosidad de dudoso destino.

Al no hacerse cargo del valor del texto para derivar de él el valor del dato, o, lo que es igual, al no asumir su objeto como objeto estratégico, el investigador se instala en un positivismo a ultranza: queda expuesto a las maniobras del azar y corre el riesgo de convertir el dato en un fetiche.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, el investigador, en su práctica, logra disminuir los riesgos y controlar en parte el azar. No es que corrija propiamente y desde adentro la distorsión: simplemente la encubre y se las ingenia para reducir sus consecuencias peores. Reintroduce, es cierto, el valor de los textos, pero por la ventana; consigue darle a su objeto una dimensión estratégica a pesar de todo, pero tomada, diríamos, en préstamo. En efecto, a la disminución de los riesgos y al control en parte del azar llega, por un desvío, por un atajo: el del *consenso*. El investigador pone entre parentesis y suspende su responsabilidad de tomar una posición, de adoptar un punto de vista definido y explícito, y, en su lugar, opta por acogerse a la “tradición” y al “juicio público” para que decidan por él: para que decidan si tal o cual autor, si tal o cual género, si tal o cual período, ostentan o no un valor dentro de los procesos literarios y culturales. Piensa, equivocadamente por los demás aunque en forma congruente con la base positivista que sostiene su concepción, que el consenso es una garantía de “objetividad”. Elige pues su objeto apoyándose en el hecho de que su valor es de una aceptación mas o menos generalizada, y si ese valor ha pasado a ser una verdadera institución de la cultura nacional, tanto mejor. Así, una investigación bibliográfica sobre Bello (o Gallegos, Picón Salas) no requeriría, aparentemente, de mayor justificación: el consenso la haría innecesaria. En otros casos el consenso no recae sobre un autor sino sobre un género, sobre un período de la literatura nacional o sobre el cuerpo general de autores de la literatura venezolana, por ejemplo.

El consenso es un recurso cómodo, sin duda, y en él descansa el grueso de las investigaciones bibliográficas; pero es evidente también que deja algunos problemas sin resolver. Como criterio, permite por supuesto decidir sobre el valor y aportar información eventualmente de gran utilidad⁴. Sin embargo, por ser un

4. No obstante las limitaciones que se vienen señalando para este tipo de investigaciones, son efectivamente de gran utilidad en este sentido trabajos como la *Bibliografía del cuento venezolano*, ya citada, o como el *Diccionario general de la literatura venezolana (Autores)*, Mérida, Centro de Investigaciones Literarias, Universidad de los Andes, 1974: o

criterio global no proporciona los elementos para discriminar en los datos. Dicho en otras palabras: el valor derivado por consenso es inevitablemente genérico y, por lo mismo, difuso; establece que un determinado objeto es valioso, pero no provee al investigador de un mapa para orientarse en él, para articular sus datos en una dirección definida, cosa que sí sería factible desde el punto de vista del esquema estratégico que venimos proponiendo. El resultado de todo ello es que las investigaciones bibliográficas basadas en el consenso exhiben como estructura una muy primaria: la simple adición de datos dentro de los límites del objeto. Son de una economía costosa porque acaban postulando, implícitamente, que todo cuanto caiga en la esfera del objeto elegido queda, por ese solo hecho, investido del valor atribuido genéricamente a aquél, con lo cual se legitima a priori la inclusión de cualquier dato sin más requisito que su disponibilidad, y de paso se reabsorbe el azar bajo la forma de un mecanismo. Por eso decíamos que el consenso lograba controlarlo sólo en parte.

Por otro lado, ocurre que el consenso con respecto al valor de algunas obras, mientras más extensa y universal es la base de lectores que convienen en él, menos homogéneo resulta en cuanto a la composición social e ideológica de estos lectores: pronto se descubre que existen elaboraciones y formulaciones diversas del mismo consenso, relacionadas con los grupos y clases sociales a que pertenecen los lectores, con las concepciones diferenciadas de la historia, de los procesos literarios y culturales que sustentan, con las expectativas a que se adhieren⁵. En la medida en que no tome en cuenta estas variaciones para los efectos de su estrategia, el investigador, tenga o no conciencia de ello, recae en la falacia de la neutralidad e inocencia de su función. Además, al saltar de uno a otro consenso como si fueran intercambiables, no sólo pone de manifiesto la falacia mencionada, sino que de rebote, y sin quererlo, le da a su práctica el cariz de existencia parasitaria.

Pero a pesar de las limitaciones señaladas, la estrategia del consenso ejerce de todos modos un cierto control sobre el azar y frena los riesgos del fetichismo del dato. Ahora bien, cuando la distorsión de fondo: la separación del valor del dato del valor del texto, no tienen frente a sí ni siquiera esa barrera de contención que es el consenso, nada impide que las consecuencias de la distorsión se apoderen desastrosamente de las prácticas. Y no se trata sólo de una posibilidad abstractamente inferible a partir del esquema estratégico que manejamos; es también una posibilidad realizada en la práctica concreta de las investigaciones bibliográficas en nuestro medio.

como la *Poesía contemporánea de Venezuela*, de Oscar Sambrano, 2 volúmenes (el segundo contiene la bibliografía), tesis presentada ante la Universidad Central de Venezuela al título de Doctor en Letras, 1976.

5. Es oportuno recordar aquí que muchos "consensos" sobre el valor de determinadas obras, no son otra cosa que el producto de sutiles manipulaciones ideológicas por parte de grupos sociales que así construyen cobertura para sus intereses, muy distantes éstos de las expectativas de una cultura auténtica. Los ejemplos sobran, en Venezuela y en Hispanoamérica.

En efecto, no son pocos los trabajos bibliográficos publicados que la realizan cuando se proponen como objeto, por ejemplo, la poesía o los escritores de alguna u otra región o país⁶. Elegir como objeto la poesía o los escritores de una "región", trastorna desde ya la perspectiva de enfoque: lo normal, se dijo, es que la perspectiva mínima sea la nacional porque se apoya en una unidad sociocultural, la nación, que es asimismo la unidad mínima en condiciones de servir de marco histórico de referencia y de evaluación. Fragmentar esa unidad mínima en regiones y convertir éstas en perspectivas autónomas, supone una mirada atomista (disgregada y disgregadora) sobre los procesos literarios y culturales. Con el mismo procedimiento se puede llevar la fragmentación a parcelas todavía menores: la poesía o los escritores de una ciudad. La "regionalización" de las investigaciones bibliográficas supone además, y paralelamente, una mirada ahistórica: la literatura y la cultura ya no son vistas como proceso (en este caso el proceso literario y cultural venezolano) en cuyo interior se define y jerarquiza el valor de los textos, y, por derivación, el de sus datos, sino que, por el contrario, se las ve como una suma de compartimientos estancos donde el valor, en ausencia de una perspectiva jerarquizadora pierde su identidad histórica, se uniformiza y relativiza hasta el nivel de la gratuidad.

En este segundo tipo de investigación bibliográfica no se advierte ninguna evaluación previa, ninguna reflexión acerca del valor de los textos y de sus datos, y del lugar jerárquico que les correspondería. No se trabaja con una determinada concepción de los procesos literarios y culturales ni, por consiguiente, con una teoría que aporte los principios básicos para la evaluación de esos procesos. La investigación asume así en plenitud el fetichismo del dato y cae de lleno en el azar. Como no hay ninguna mediación estratégica que lo controle, ni siquiera la del consenso, la elección del objeto queda supeditada a la contingencia, y la misma contingencia sigue interviniendo después en lo que a la utilidad de los datos se refiere. Porque ya lo dijimos: si el azar preside la elección del objeto, el azar también decide sobre sus resultados. De manera que el provecho de tales trabajos dependerá de que, por azar, entre los escritores de la región haya alguno cuyas obras tengan una significación efectiva dentro de los procesos literarios y culturales del país. Si en la estrategia del consenso había ya presente una economía costosa, aquí, donde se produce el abandono de toda estrategia, la economía se vuelve francamente de derroche.

(No obstante, es necesario reconocer que la perspectiva regional puede obedecer al legítimo propósito de combatir los excesos y las deformaciones del centralismo de nuestros países, tradicionalmente receptivo a los modelos literarios y a los problemas culturales promovidos y prestigiados por los grandes circuitos editoriales, a menudo canales de penetración y distorsión en este sentido, y en general escasamente sensibles a los valores que no reúnan ciertas condiciones de

6. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Lubio Cardozo, *Bibliografía de la literatura meridiana*, Mérida, Centro de Investigaciones Literarias, Universidad de Los Andes, 1967, y Juan Pintó, *Bibliografía de la poesía zuliana*, Mérida, Centro de Investigaciones Literarias, Universidad de Los Andes, 1971.

mercado. Descentralizar las investigaciones y ponerlas al servicio de una visión integral y de afirmación de valores literarios y culturales que se desarrollan o se han desarrollado en la provincia, lejos de la ruta recorrida por aquellos circuitos, nos parece un gesto oportuno de defensa de nuestra realidad y de sus intereses históricos, un gesto que desde luego compartimos. Pero las buenas intenciones no pueden ser una excusa para echar por la borda los requerimientos elementales de una investigación bibliográfica actual, ni deben transformarse en cobertura de mixtificaciones, de pseudo-valores; o mejor; de confusión de valores. Si no, el investigador resbala hacia ese aldeanismo de espíritu que Martí denunciaba en el siglo pasado cuando decía: "Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea").

Los aspectos viciosos que hemos venido detectando, y en los que se manifiesta, en grados diversos, la separación del valor del dato del valor del texto como distorsión de fondo, contribuyen a dar de las investigaciones bibliográficas una imagen que no las favorece, que desvirtúa, en mayor o menor medida, su función; en resumen: que las desacredita. Pero, como adelantamos al comienzo, no está ahí el único origen del prejuicio. Este se alimenta también de una segunda distorsión, advertida ahora en la práctica de la crítica literaria.

Antes de discutirla, conviene reiterar un par de observaciones preliminares. Por precaución metodológica no queremos de partida hacer extensivo el problema a la crítica literaria venezolana en general, sino sólo a la crítica literaria sobre la poesía, y, dentro de ella, a la que aparece directamente vinculada al objeto de nuestra investigación bibliográfica: la poesía venezolana contemporánea (décadas del 50 y 60). Con lo cual, es obvio, no estamos diciendo que el problema sea ajeno al resto de la crítica, tanto venezolana como hispanoamericana: simplemente indicamos la base inmediata de experiencia y establecemos los límites metodológicos de la discusión.

Veamos en qué consiste el problema. Si se reúne y examina la totalidad de la crítica dedicada a la poesía venezolana contemporánea, se comprueba con facilidad que de una manera abrumadora ella prescinde de bibliografía. Son muy raros los casos en los que a lo largo de un artículo o de un ensayo se citan y se confrontan otros artículos u otros ensayos sobre la misma obra estudiada. Por lo común cada crítico asume su tarea a partir de cero, adánicamente, como si la suya fuera la primera voz que se dirige al texto.

Entre los factores que gravitan sobre tal característica, el más evidente, por lo menos a simple vista, podría estar dado por el hecho de que la mayor parte de la crítica a que nos referimos se escribe o se ha escrito para ser publicada en suplementos de periódicos, en revistas de reducido número de páginas editadas por grupos literarios y destinadas a debates culturales de emergencia, a la definición de posiciones ideológicas sobre el arte y la literatura; o en revistas fundamentalmente de difusión de textos poéticos, testimoniales; o en otras donde el artículo de crítica debe equilibrarse con los objetivos de una información cultural variada y menuda. Por el espacio disponible, por la naturaleza fugitiva y cronística de las publicaciones, por el público a que van orientadas, se haría impo-

sible, o impertinente, el detenerse en reflexiones de orden bibliográfico. Esto parece bastante convincente (aunque nosotros creamos que la crítica periodística no tendría por qué estar reñida con la reflexión bibliográfica, desde luego con todas las restricciones y simplificaciones que le impone el medio de transmisión).

En todo caso, para que la explicación anterior fuera aceptable, frente al modelo de la crítica periodística que prescinde de bibliografía, tendría que existir otro claramente diferenciado por la incorporación plena de la bibliografía al discurso crítico. Este otro modelo de que hablamos es el que tradicionalmente ha dominado en la práctica de la crítica literaria universitaria de otros países hispanoamericanos. Pero ocurre que, con ajustes menores y más bien formales, el mismo modelo de la crítica periodística se reproduce en los artículos y ensayos publicados en las revistas universitarias (y en las editadas por organismos estatales). Incluso los ensayos en forma de libros apenas escapan a la constante: las bibliografías son elementales y escasa su discusión. La situación descrita encuentra, por otra parte, una sintomática correspondencia a nivel del crítico: quien escribe la crítica volandera, periodística, generalmente es el mismo que escribe la crítica de las revistas universitarias. Y más aún: con frecuencia es también el mismo que ejerce la cátedra universitaria sobre literatura.

Tenemos pues que buscar en otro terreno la explicación al fenómeno de la prescindencia bibliográfica generalizada en la crítica literaria sobre poesía. Lo que está de por medio, lo que revela esta práctica, es, a nuestro entender, una distorsión en el concepto de la crítica y de los estudios literarios. Consciente o inconscientemente, se trabaja con la idea de que la obra poética es el espacio de la magia y del sentimiento, y de que para recorrer y explorar ese espacio hay que guiarse por el principio de *semejanza*, es decir, utilizando un lenguaje también mágico y emotivo. De alguna manera se supone que en la obra poética ha ocurrido algo parecido a un “encantamiento” y que la crítica, para no romperlo, debe construir en su discurso un remedo: un encantamiento de segundo grado, donde el primero pudiera reflejarse. La utopía de una crítica así concebida sería la de llegar a producir un texto donde el poema, en virtud del principio de semejanza, quedara reproducido. En otras palabras: reescribir el poema. Pero como esto no es más que una utopía, puesto que si se realizara la crítica como discurso diferenciado desaparecería y sería absorbida por la poesía, el ejercicio crítico tiene que contentarse con ser un contrapunto de sensibilidades, un intercambio de imágenes y metáforas, un diálogo de subjetividades: un conjuro. En esta práctica crítica no puede dejar de influir el hecho siguiente: si no todos, la gran mayoría de los críticos sobre poesía son ellos también poetas. Su práctica como poetas condiciona sin duda, subterráneamente, su práctica como críticos, y favorece el arraigo de la distorsión.

La semejanza, aquí, es enemiga de la diferencia. Si la crítica se funda en el principio de semejanza, es natural que se termine rechazando o mirando con desconfianza todo elemento de interferencia, todo elemento que no participa de los atributos esenciales de la obra poética: la magia y el sentimiento. El concepto, los métodos, las teorías, por ser todos elementos racionales, queda-

rían sin más marcados por la sospecha: su utilización constituiría una especie de atentado contra la noción de crítica “creadora” (la basada en la semejanza). Serían factores de perturbación y de infidelidad a la obra. Esto nos permite comprender por qué en la crítica sobre la poesía venezolana contemporánea son escasos los argumentos, las tesis, las conceptualizaciones, y cuando los hay, se dan en estado de atisbos, de fragmentos, de chispazos aislados y sin desarrollo⁷.

Ahora bien, si la crítica no quiere ser absorbida por la poesía o convertirse en una poesía de segundo grado (poesía degradada), tiene que hacerse responsable de su diferencia: la de ser un discurso conceptual cuyo objeto de conocimiento son las obras literarias, sometido por lo tanto a las reglas que rigen el conocimiento en general y el de las obras literarias en particular: reglas lógicas, históricas, sociológicas, psicológicas, lingüísticas, etc. Porque la distorsión revelada en la práctica de la crítica, se rectificará sólo cuando ésta se instale en el nivel que le corresponde como discurso cognoscitivo. Y en la medida en que eso ocurra, las investigaciones bibliográficas dejarán de ser prescindibles y volverán a desempeñar su función específica dentro de los estudios literarios. La razón salta a la vista: el conocimiento, cualquiera sea su objeto, cualquiera la disciplina que lo aloje, jamás parte de cero, adánicamente. Un investigador no llegará a lugar alguno, y si llega será otra vez, por azar, si inicia su trabajo como si con él se inaugurara el pensamiento. Para centrarnos en lo que nos interesa, el conocimiento de las obras literarias: si el crítico ha de hacer planteamientos consistentes con respecto a las obras, si ha de postular un significado preciso, aunque sea a propósito de un aspecto limitado de ellas, difícilmente alcanzará su objetivo si no toma en cuenta el pensamiento acumulado sobre esas obras, si no lo hace desde el interior de las distintas alternativas ya propuestas y a la luz de sus limitaciones y de sus perspectivas secundas. Es decir, si no se hace cargo de la bibliografía sobre el tema. Por eso decíamos que la función de las investigaciones bibliográficas era solidaria de las demás funciones que configuran el campo de los estudios literarios, de la crítica en este caso.

Queda así pues desplegado nuestro punto de vista frente al problema de las investigaciones bibliográficas: su estrategia y las distorsiones que alimentan el prejuicio ante ellas. Si se acepta la estrategia propuesta, si se corrigen las distorsiones observadas, nada impedirá entonces que las investigaciones bibliográficas recuperen el lugar que les pertenece dentro de los estudios literarios.

7. Sin embargo, es necesario destacar excepciones en este último sentido: sin renunciar a la seducción de la imagen y la metáfora (y nadie está pidiendo que se renuncie a ellas), críticos como Guillermo Sucre, Jesús Sanoja, José Balza, Ludovico Silva, Juan G. Rodríguez, Juan Liscano, logran, cada uno a su manera, estructurar discursos coherentes, lógicos, con idea e interpretaciones que deberán ser recogidas como aportes al estudio de la poesía venezolana contemporánea.